

cer de participarme él mismo que iba á ser mi compañero de viaje.

—Pues bien, babou, —le dije, despues de oir estos detalles, —estoy encantado con la idea de ir contigo á la costa Noroeste; pero te voy á poner mis condiciones.

—Serás obedecido ántes de hablar.

—He examinado tus cajas de provisiones, y sé que contienen mucho vino y cognac. Pues bien, me vas á prometer solemnemente que no darás jamás á Amoudou, sin mi permiso, ni un sorbo de esos líquidos.

—¡Que mi alma renazca en el cuerpo de un chacal inmundo, ó del impuro pájaro que se alimenta con el cadáver de los muertos, si falto á tu mandato! —respondió Soupraya-Chetty.

—No es eso todo, —le respondí. —Tus elefantes irán al paso de mi carreta; yo escogeré los campamentos que más me agraden, decidirá los días que permanezcamos en cada estacion en los países interesantes que visitemos, y para todo lo que concierne á la marcha y al campamento, tus criados no obedecerán á nadie más que á mí.

El babou se avino á todo lo que yo pedia, pronunció de nuevo su juramento, y reuniendo á sus criados, les ordenó que me obedeciesen en todo y por todo miéntras durase el viaje.

—Puesto que hemos arreglado ya las condiciones, —dije entónces al babou, —irémos juntos al país de las perlas.

Desde que Amoudou estaba á mi servicio, habia expuesto muchas veces su vida por mí, pues la afeccion que me profesaba se parecia á la que sienten las fieras por sus cachorros.

Horrado y recto, yo tenia en él la más completa confianza; pero como era de una inteligencia limitada, no sabía resistir á la tentacion de los licores fuertes. Por dos veces ya habia llegado al paroxismo de la exaltacion por la embriaguez, habia desconocido mi voz, y habia tenido que hacer lo imposible en uno de mis viajes para arrancarle de entre las manos un policía que queria estrangular.

—Ese es una mala cabeza, —me decia con frecuencia enseñándome al pobre diablo.

Y yo creo que la aversion que le profesaba provenia quizas de que aquel polizonte habria metido en la thana (cárcel) á algunas de las mujeres que él honraba con su proteccion.

Otra vez, un sacerdote de Chinchura, sobre cuya conducta corrian rumores extraños, vino á hacerme una visita, y cuando el cansama (1) iba á introducirle, encuentra á Amoudou borracho perdido, que le dijo:

—¿Qué vas á hacer en casa del presidente? Casa del presidente no es casa de mujeres...

Tuve que intervenir al momento, pero el sacerdote fingió no haber oido.

Se concibe fácilmente que, con semejantes aventuras, tenia siempre que estar alerta. Pero si nadie daba de beber á Amoudou, todo iba bien, pues era incapaz de coger nada, tanto que yo le confiaba la llave de la cueva, y en este viaje le dimos á guardar los cajones de líquidos que llevaba Soupraya.

(1) El cansama es en Bengala el criado de confianza, como en Ceylan lo es el dobachy.

También había exigido que el babou me dejase la libre dirección del camino y de sus criados, primero, porque yo viajaba como turista y no quería cambiar nada en mi itinerario, y además porque es imposible á un europeo en la India ponerse á disposición de un natural del país, por su lentitud indígena y por las familiaridades de mala clase que se tomaría, y que es mejor no tener que reprimir.

El indio no conoce la igualdad; servidor ó amo, éstas son las únicas categorías que admite en las relaciones sociales de los hombres. Desde el momento en que no se le manda, toma cierta autoridad sobre uno, y tiene una insolencia de la que es difícil formarse una idea.

He conocido un farmacéutico viejo de la marina, que ha estado hasta los cincuenta años en la tercera clase de su grado, y débil y enfermo, había obtenido permiso para no ir á las colonias. Dos años ántes de retirarse, un odio burocrático le forzó á venir á cumplir su tiempo de servicio en la India. Hombre sencillo, dulce y esencialmente bueno, que hablaba á sus criados en tercera persona, previniéndoles que no le forzaran á regañarles, se convirtió en el juguete de aquellos pillos, hasta el punto de verse reducido á servirse la comida, mientras que ellos mascaban el betel y dormían al sol, y fué tan desgraciado, que por lástima le hicieron volver á Francia.

Salimos de Kadawé al día siguiente ántes de salir el sol, pues había decidido que en una sola jornada franqueáramos la distancia que nos separaba del Odear, río que limita por un lado los distritos de Patchelepellé y de Pannengam. El

babou, que iba acostado en el haoudah sobre el lomo de su elefante favorito, dormía aún cuando, por orden mia, la pequeña caravana tomó el camino de Caretchie. A la cabeza iban los bueyes, luego los dos elefantes, y detras, llevando una infinidad de paquetes que no habían cabido en las cajas, iban, conducidos por Anandrayen, los criados de Soupraya.

La compañía de los dos elefantes era para mí mucho más importante que la presencia de todos los otros indios, pues la ayuda que podían prestarnos estos poderosos animales me permitía modificar mi plan primitivo, y en vez de seguir prudentemente la costa con mis dos bueyes, podía ahora internarme en el corazón mismo de la provincia de Pannengam, sin temor á las fieras, las boas y los elefantes salvajes de que está infestada.

Queriendo trabar amistad con el elefante que la bondad del babou había ensillado para mí, me aproximé á él é hice señas al cornac que deseaba montar en el haoudah.

Sin esperar la orden de su conductor, el inteligente animal se paró y me presentó el extremo de su trompa; puse en ella el pié como hacen los indios, y de un salto, cogiendo su oreja, me planté encima de su cuello, instalándome cómodamente sobre el canapé del haoudah.

—¿Cómo te llamas?— pregunté al conductor, que estaba sentado sobre el cuello del animal.

—Saravana, hijo de Appassamy,— respondió el indio, llevando sus dos manos á la frente en señal de respeto.

—¿Y el del elefante que conduces?

—Pratita.

Al oír aquel nombre, el elefante dejó oír un gruñido de satisfacción y se puso á balancear su trompa, como si quisiese hacer comprender que tenían razon en llamarle Pratita, es decir, *el Alegre*.

Continuando la conversacion con el cornac, supe con placer que mi montura era un verdadero elefante de caza, admirablemente adiestrado y con el que no habia que temer ningun mal encuentro.

Despues de una pequeña parada de una hora para dar de comer y reposar los animales, dejando á la derecha el distrito de Pennoryn, que es uno de los más notables de la isla por la magnificencia de su vegetacion, sus plantaciones de cocoteros y de palmeras y sus grandes sembrados de paddy y de algodones, nos dirigimos hácia la costa del Odear, adonde llegamos ántes de la puesta del sol, instalando nuestro campamento á las orillas del rio. A pocos pasos de distancia cesaba el territorio cultivado y habitado, y empezaba la junguera, en la que iba á penetrar al día siguiente.

Durante esta primera jornada de marcha, el babou se habia dedicado á fumar y dormir la siesta en el haoudah, miéntras no comia ó echaba sendos tragos de cognac, cuando le oí que me rogaba le excusase si no bajaba á tomar conmigo el carry, quejándose de un fuerte dolor de cabeza. Le deseé el más pronto alivio, y ya no me volví á ocupar de él, pues estaba seguro que todos los días sucederia lo mismo, miéntras no se consumiesen todos los líquidos.

Soupraya-Chetty no era, sin embargo, un in-

dio ordinario, pues desde su infancia vivia en trato continuo con los europeos; de suerte que, prescindiendo de todas las preocupaciones de su casta, comia y bebia, con tal de que no fuese en público, toda clase de licores prohibidos, habiendo estado diferentes veces en Madras, Calcuta, la costa de Singapoore y Java, y pasaba por ser muy entendido en negocios, pero no podia prescindir de emplear sus ratos de ocio en los goces materiales más exagerados y en satisfacer todos sus vicios.

Durante todo el curso de este viaje, ni una noche la pasó solo en su haoudah; no le acriminé por su amor por las mujeres, pues no hacia más que ceder á esa necesidad de libertinaje y de excitacion, que era en él una costumbre, no, sino que habia aprendido los innobles secretos de vergonzosas satisfacciones tenidas en los tripodes por las bayaderas viejas, y despreciaba á la sencilla y seductora cyngalesa que escuchaba sonriendo por la noche las locuras amorosas que dirigen á sus quince años y á su opulenta hermosura, prefiriendo, repito, las viejas prostitutas malabares con sus excitaciones contra la naturaleza...

Sin embargo, se condujo con tal discrecion, que yo pude aparentar que no sabia nada.

Amoudou tambien por su parte iba desembarazándose en las estaciones en donde parábamos de los pañuelos de seda destinados á su familia, en provecho de aquellas bellas jóvenes que se entregan con tanta facilidad, y en estas circunstancias, tenia que cerrar los ojos sobre aquellas debilidades, que no podian compararse á los repugnantes vicios del babou.

Mientras que Amoudou vigilaba nuestra instalacion en el campamento, levantado en las orillas del Odear, insté al babou, que se hallaba aquella tarde en un estado casi lúcido, á que me acompañase á hacer una excursion á las ruinas de un pagotín (pequeña pagoda) que veia en la cumbre de una colina situada en medio de la junquera, á una milla próximamente de donde nos habíamos parado.

Un pequeño sendero que iba en aquella direccion y que moria en el rio, me hacía suponer que estaria habitada aquella ermita; y si mis conjeturas no salian ciertas, debíamos encontrar de seguro algunas cabañas de indios tchaleas ó recolectores de canela, pues la junquera, por el sitio por donde estábamos, abundaba en aquella esencia tan preciosa.

Despues de un cuarto de hora de marcha, llegamos á corta distancia de las ruinas, y de repente vi á Anandrayen, que nos precedia algunos pasos en el estrecho sendero, y que iba separando las ramas de árboles á nuestro paso, precipitarse de rodillas, con el rostro en el polvo, y murmurar las palabras siguientes:

—¡Gourou-pourohita!

Soupraya-Chetty habia tomado igual postura, aunque no con tanta precipitacion.

Mirando á traves del follaje, vi sentado debajo del pórtico medio derruido del pagotín á un anciano indio que parecia una sombra, y que pasaba entre sus dedos las cuentas de un enorme rosario que daba dos vueltas á su cuerpo. Era un gourou-pourohita, ó *ermitaño santificado*, que se habia retirado á la junquera para ofrecer en paz,

léjos del ruido del mundo, el sachtanga-poudja, ó sacrificio perpetuo de adoracion á Vischnou.

Muchas veces en el Sud del Indostan he encontrado á estos brahmas anacoretas, objetos de la veneracion de los fieles, que ven en ellos la imágen de la Divinidad; pero yo no creia, aunque el Norte de Ceylan está habitado en parte por los sectarios de Brahma, que se pudiese encontrar allí á esos iluminados.

Para hacer comprender al lector lo que son estos religiosos ascéticos, voy á copiar del Manava-dharma-sastra (leyes de Manou) y el Vedant-sára (comentarios sobre los Vedas) los pasajes siguientes:

Manou, libro IV, sloca 2 y las siguientes.

«Cuando el Dwidja vea arrugarse su cútis y blanquear sus cabellos, y tenga á su vista los hijos de sus hijos, que se retire al bosque.

«Renunciando á los alimentos que se comen en las ciudades y á todo lo que posea, confie su mujer á sus hijos ó llevándola consigo.

«Como tambien su fuego sagrado y todos los utensilios empleados en los sacrificios, abandonando el pueblo para retirarse á las junqueras, donde permanecerá martirizando sus órganos.

«Que lleve una piel de gacela ó un traje de corteza, que se bañe dia y noche, que lleve siempre el cabello largo y deje crecer su barba y todos los pelos de su cuerpo y sus uñas.

«Que haga cuantas ofrendas pueda á los séres animados, y limosnas con una porcion de lo que destine á su alimento, y que honre á los que vayan á su ermita, presentándoles agua, verduras y frutas.

»Un puchero de barro, las raíces de los grandes árboles ó las ruinas por habitacion, un mal traje, una soledad absoluta, una conducta igual con su prójimo, guardando silencio, no deseando nada, soportando con paciencia las palabras injuriosas, no despreciando á nadie y no guardando rencor á ningun sér viviente.

»Que no desee la muerte, que no desee la vida, y que espere el momento supremo, como el trabajador que espera apoyado en su azada la hora de su salario, etc.»

Con respecto á los ermitaños, el Vedanta-sara se expresa en estos términos:

»Un verdadero gourou-pourohita ó vanaprastha es un hombre á quien la práctica de todas las virtudes le es familiar, y que con la palanca de la sabiduría ha estudiado todas las ramas y arrancado todas las raíces del pecado.

»Que ha disipado con las luces de la razon la sombra espesa en que el mal se envolvía.

»Que aunque sentado sobre la montaña de las seducciones, opone á éstas un corazón tan duro como el diamante.

»Que se conduce con dignidad é independencia.

»Que tiene entrañas de padre para sus discípulos, y no hace excepcion alguna entre sus amigos y sus enemigos, siendo para todos igual.

»Que ve el oro y las piedras preciosas con tanta indiferencia como pedazos de hierro, sin hacer caso de ellos.

»Que pone todo su cuidado en separar las tinieblas de la ignorancia en las que están sumergidos el resto de los hombres.

»Es un hombre que se entrega á todas las prácticas de la devocion que tienen á Vischnou por objeto, sin omitir ninguna. (Vischnou es la segunda persona de la trinidad india, encarnado en Christna, hijo de la virgen Devanaguy.)

»Que no reconoce otro Dios que Vischnou.

»Y no lee ni escucha otra historia que la suya.

»Que en medio de las nubes espesas de la ignorancia que le rodean, brilla como el sol.

»Que medita sin cesar sobre los méritos del avatar de Vischnou (encarnacion), y publica por todas partes sus alabanzas.

»Que rechaza léjos de su pensamiento toda accion criminal, y no practica más que actos de virtud.

»Que conociendo todos los caminos que conducen al pecado, conoce tambien los medios de evitarlos.

»Que observa con escrupulosa exactitud las reglas de respeto, amor y adoracion hácia la divina trimourty (trinidad).

»Es un verdadero sabio que posee perfectamente el Vedanta.

»Es un hombre que ha hecho peregrinaciones á todos los lugares santos, y que ha visto con sus propios ojos Cassy, Kedaram, Kautchy, Ramisseram, Strirudram, Sringuery, Cocaruam, Calastray y otros sitios célebres consagrados á Vischnou y á su madre la virgen Devanaguy.

»Es un hombre que ha hecho sus abluciones en todos los rios sagrados, tales como el Ganges, el Yumna, el Sarasvaty, el Sindou, el Godavery, el Nerbouda, el Khristna, el Cavery, y que ha bebido de sus aguas santas.

»Es un hombre que se ha lavado en todos los manantiales y estanques sagrados, tales como el Sourya-pouchkaramy, el Tchendra-pouchkaramy, el Indra-pouchkaramy (estanques sagrados de las pagodas, dedicados á los dioses inferiores, Sourya, Tchendra é Indra).

»Es un hombre que ha visitado todos los desiertos y todos los bosques sagrados, tales como el Neimiss-aranja, Badaric-aranja, Daudac-aranja, Goch-aranja, imprimiendo allí los vestigios de sus pasos (peregrinajes célebres en el Sur del Indostan).

»Es un hombre que conoce todas las prácticas de la penitencia ó sramas, recomendadas por los más ilustres devotos, y conocidas por los nombres de Narayana-srama, Vamana-srama, Gouthama-srama, Vasichta-srama; que está familiarizado con estos diversos ejercicios espirituales, experimentando su eficacia. (Narayana y Vamana son dos sobrenombres, uno de Brahma y otro de Vischnou encarnado. Gouthama y Vasichta son los nombres de dos ermitas célebres. Narayana-srama significa expiación en honor de Brahma.)

»Es un hombre que posee perfectamente los cuatro Vedas (escritura santa), el tarca-sastram (la lógica), el bouta-sastram (psicología), el mimou-sa-sastram (la filosofía en general).

»Es un hombre versado en el conocimiento del Vedanya (uno de los numerosos comentarios de los Vedas), del djotchioa-sastram (astronomía), del veiddia-sastram (medicina), del dharma-sastram (legislación), del kavianatakam (la poesía); que sabe perfectamente las diez y ocho Pouranas (re-citados históricos), y los sesenta y cuatro Kalais

(base de todos los demas conocimientos humanos).

»Este es el carácter del verdadero gourou, las cualidades que debe poseer para estar en estado de enseñar á los demas el camino de la virtud, y para retirarlos del fango del vicio.»

(*Vedanta-sara, proœmium.*)

Como se ve, en cuestion de santidad, el vedanta-sara tiene que ser un semidios por la pureza, un enciclopedista de primera por la ciencia, si quiere ser digno de retirar á su semejante del fango del vicio.

Es inútil decir que estos anacoretas ermitaños y monjes indios son sencillamente unos farsantes, que encuentran muy cómodo vivir en la holganza, gracias á la estupidez humana.

Pero los indios les profesan tal veneracion, que no se les aproximan más que de rodillas é implorando el prassadam.

El prassadam es un poco de saliva ó un puñadito de polvo con el que el beato personaje, en cambio de un buen regalo, le embadurna á uno el rostro, pronunciando los mentrams (plegarias) consagrados, y segun el valor del regalo que se les hace, le purifican á uno por un mes más ó ménos...

Los fieles se precipitan tambien para recoger en vasos de cobre el agua con que el santo vanaprastha se enjuaga la boca, se lava el rostro, las manos y los piés, y algunos hasta tienen el valor de beber aquella agua para purificarse mejor de sus pecados.

Desgraciado del que no crea en el poder del

gourou-pourohita, y no le tribute los homenajes que le son debidos, pues su maldicion podria producir los más terribles resultados.

Hay la creencia vulgar de que el que se atreve á levantar los ojos sobre un gourou y afrontar sus miradas ántes de haber recibido su assirvahdam (bendicion), se convierte al momento en piedra, en puerco ó en serpiente, segun le plazca al sagrado personaje.

Esto explica la prontitud con que Anandrayen y su amo Soupraya-Chetty se habian prosternado en el polvo al percibir de repente á corta distancia al gourou-pourohita de Nour-Kaloor; así se llamaban las ruinas donde tenia su domicilio el pretendido santo.

— ¡Assirvahdam, aya! ¡assirvahdam, aya! (vuestra bendicion, señor), — habian exclamado inmediatamente los dos indios, sin dejar su postura.

El lector habrá ya adivinado que personalmente, yo preferia convertirme en puerco ó en serpiente, á humillarme en el polvo ante él.

Por consiguiente, no hice más que pararme, observando lo que iba á pasar.

El gourou me lanzó una mirada de reojo y se apresuró á bendecir á los dos indigenas, tomando por testigos á la luna, al sol y á los mares.

Supe despues, al volver al campamento, que sin saberlo habia corrido un gran peligro, pues Soupraya-Chetty me dijo que, furioso de que yo no me hubiese prosternado delante de él, el pourohita iba á echarme una de esas terribles maldiciones que le cambian á uno en cinco minutos en un animal inmundo, cuando se contuvo, temiendo que su maldicion tocase al pasar á Anandrayen y

Soupraya-Chetty, que estaban prosternados delante de mí.

No pude ménos de estremecerme, pensando en la espantosa desgracia que hubiera sucedido si yo hubiera estado delante de ellos... pues entónces el pourohita no hubiera vacilado, y tal vez no hubiera quedado de mí más que una piedra destinada á servir de ejemplo á los visitantes...

Lo más curioso del asunto es que Anandrayen y Soupraya-Chetty permanecieron convencidos de que me habian salvado la vida.

Despues de haber recibido la bendicion del gourou, Soupraya-Chetty se apresuró á hacer una ofrenda de cien rupias, para obtener que el santo personaje hiciese por él el avahana-poudja, ó sacrificio de la evocacion de la Divinidad.

El babou no podia desperdiciar una ocasion semejante.

El santo penitente, despues de haber tomado el dinero con una avidez poco comun, declaró que no podia llevar á cabo el sacrificio en presencia de un belatti poseído del diablo, y que sus men-trams recitados delante de mí no tendrían virtud alguna...

Soupraya-Chetty volvió hácia mí sus miradas suplicantes... y viendo que le haria un favor en dejarle en libertad, lo que no se atrevia á pedirme, decidí marcharme, y al seguir el pequeño sendero que conducia de la ermita á la orilla del Odear, me puse á reflexionar en los puntos de contacto que tiene bajo todas las latitudes el espíritu clerical.

Hubiera podido esconderme entre las zarzas para presenciar el sacrificio; pero como ya habia

visto varios de la misma clase, no tuve curiosidad alguna.

El gran sacrificio del avahana, que sólo los gourou-pourohita, ó sacerdotes cenobitas, tienen el derecho de ofrecer á la Divinidad, y que los indios no dejan jamás de hacer delante de ellos cuando tienen la suerte de encontrar un anacoreta, se compone de las ceremonias siguientes, acompañadas de mentrams ó plegarias:

1.° El hassana, invocacion á la Divinidad para que descienda al tabernáculo del altar.

2.° El souagatta, ofrenda de la llegada. Vischnou ha dignado descender al altar.

3.° La arkiá. Se le consagran flores, azafran y polvó de sándalo.

4.° El madou-parka. Se le presenta en un vaso de oro miel, azúcar y leche, y despues de muchos mentrams, el gourou-pourohita bebe esta mezcla en honor del dios.

5.° El atchamavia. El oficiante se lava la boca y las manos en una palangana que le presenta su *asistente*.

6.° El doupa. El oficiante inciensa el altar.

7.° El niveddia. El gourou consagra á Vischnou arroz, frutos y pequeñas galletas cocidas en la ceniza, y bendiciéndolas, las coloca en una bandeja de plata y se las da á comer á las personas que asisten al santo sacrificio.

8.° El assirvahdam (bendicion), aspersion de la multitud con el agua lustral. Fin de la ceremonia.

Todas las ceremonias religiosas se parecen.

Ya era de noche cuando Soupraya-Chetty y Anandrayen volvieron de la ermita con una pro-

vision de bendiciones, de purificaciones, de indulgencias, que podia durar lo ménos tres meses; el bravo babou estaba verdaderamente desesperado con la cólera que el pourohita me habia demostrado, y ántes de irse á descansar me ofreció que enviaria un regalo en mi nombre al santo hombre para que hiciese las paces conmigo.

Le di las gracias por sus buenas intenciones, y le aseguré para tranquilizarle que los *mentrams* indios no tenían poder sobre mí.

A pesar de sus viajes y de las relaciones constantes que tenia con los europeos, Soupraya-Chetty no podia prescindir de aquella supersticiosa creencia con respecto á los *mentrams*, de que todos los indios participan en el mismo grado.

Y aunque haya algun incrédulo que se ria en secreto de las aventuras fabulosas de sus dioses, no hay ninguno que ponga en duda la eficacia de los *mentrams*.

Los *mentrams* son plegarias, cuyo secreto no pertenece más que á los brahmas, pourohita, vanaprastha, sannyassis, gourou, etc., y que tienen la virtud de procurar el poder de los dioses á quienes los pronuncian.

Los *mentrams* sirven para todo, para provocar el amor ó el odio, para hacer morir á un enemigo, enviar al diablo al cuerpo de cualquiera ó arrojarle de él, á evocar los espiritus y los muertos, para hacer perecer pueblos enteros, y para dar enfermedades y curarlas. Al lado del mentram que hace el mal, está el que le neutraliza ó le repara.

Hé aquí un extracto del Brahmata-ra-kouda, poema en honor de Siva, que demuestra la eficacia de los *mentrams*:

«Dachara, rey de Madura, casó con Kalavaty, hija del rajah de Kassy. Esta princesa, el día mismo de su matrimonio, le advirtió que tuviese cuidado de no usar del derecho que su cualidad de marido le daba sobre ella, porque el mentram de las *cinco letras* (Gaitry), que ella sabía, le había penetrado de un fuego purificador, que no permitía á ningún hombre, sin riesgo de la vida, acercarse á ella, como no estuviese como ella purificado de sus pecados; y que como era su mujer, ella no podía enseñarle este mentram, porque al hacerlo, se convertiría en su gourou, y por consiguiente sería superior á él. Al día siguiente, los dos esposos fueron á buscar al célebre gourou-pourohita Gourga, que despues de haber conocido el objeto de su visita, les ordenó ayunasen un día y se lavasen al día siguiente en el Ganges. Así preparados los dos esposos, volvieron al lado del penitente, que hizo sentar al marido en el suelo con el rostro vuelto al Oriente; y sentándose él también á su lado con el rostro vuelto á Occidente, le dijo al oído estas dos palabras: «*Namah Sivaya* (salud á Siva)». Apénas el rajah Dachara supo aquellas palabras maravillosas, cuando salieron de las diferentes partes de su cuerpo una bandada de cuervos, que echaron á volar y desaparecieron. Estos cuervos eran los pecados cometidos por aquel príncipe anteriormente.»

Y para que el lector no dude de la veracidad de aquella narracion, el Brahmata-rouda añade sencillamente:

«Esta historia es verídica, y yo la sé de Veda-Vyassa, que se la había enseñado el mismo Brahma. Purificados así el rey y su esposa, vivieron

dichosos gran número de años, tuvieron muchos hijos; y no abandonaron este mundo hasta que fueron á absorberse en el seno del Sér Supremo, donde habita la dicha suprema.»

Se necesitarían volúmenes para referir todos los cuentos é historias maravillosas que corren entre los indios sobre la virtud de los mentrams, y vienen desde muy léjos hasta las mujeres para poseer el secreto de algunas de aquellas importantes plegarias.

Sin embargo, á pesar de las numerosas absoluciones é indulgencias de que estaba provisto Soupraya-Chetty, no por eso dejó de cultivar sus dos vicios favoritos.

Dejamos las orillas del Odear en Nour-Kaloor, y en dos pequeñas jornadas llegamos al pueblo de Pannengam, que da su nombre al distrito.

De Panningour á Illipekarwé, barrio importante situado sobre la costa Oeste á veinte millas de la isla de Manaar, el camino es de los más peligrosos; la junquera, más espesa que sobre las orillas del Odear, casi cubierta de pantanos, está llena de tigres y elefantes salvajes que interceptan completamente la travesía durante la época de sus amores, y como estábamos en Mayo, mes dedicado á Venus en todas las latitudes, sin los dos elefantes de Soupraya-Chetty me hubiera visto forzado á tomar el camino del Norte por Palvyrayen-Kattoé hasta la altura de la isla de Tren, y á llegar por la costa Illipekarwé á Virteltivoé y Manaar.

La primera noche que pasé en la junquera, hice tomar las precauciones de costumbre en semejantes circunstancias; los dos bueyes y la tienda, que dejamos á los criados, se colocaron entre

Pratita y Navaja, los dos elefantes, y por la primera vez desde nuestra marcha tomé el partido de seguir el ejemplo del babou, es decir, de acostarme en el haoudah, sobre el lomo de Pratita.

El sitio que habíamos elegido para pasar la noche estaba, gracias al instinto de Amoudou, admirablemente situado para evitar todo encuentro desagradable en cuanto fuese posible.

Mi fiel nubio, que había pasado su juventud luchando con las fieras cuando seguía á su padre, que era conductor de caravana en el centro de Africa, conocía admirablemente los usos y costumbres de aquellos huéspedes salvajes de los desiertos; así es que al ver en medio de la junquera una ligera eminencia despojada de arbustos y de bambúes y cubierta de polvo, nos decía al momento:

—Aquí es preciso acampar, lejos de las marismas y pantanos y de los estanques, en que el tigre y el elefante vienen á abrevarse.

Nosotros no teníamos nada que temer de los tigres, pues Pratita y Navaja (flor de jazmín) eran de un tamaño y una fuerza que darian cuenta de ellos, y sólo un número considerable de elefantes salvajes podíamos temer.

La noche entera se pasó en medio de un extraño concierto, pero en una calma relativa, turbada tan sólo por dos ó tres sustos sin consecuencias. A nuestro alrededor, y no atreviéndose á acercarse, rugían centenares de hienas y chacales, mantenidos á cierta distancia por nuestras monturas, cuyas emanaciones percibían.

Y, cosa extraña, esas noches, turbadas por los gritos de las fieras, obran del mismo modo sobre los nervios del elefante que sobre los del hombre.

Pratita y Navaja no cerraron los ojos en toda la noche, inquietos y agitados; sus cornacs (conductores) apenas podían contenerlos, pues querían lanzarse á la espesura cada vez que llegaba á nuestros oídos el lejano rugido de un jaguar ó de un elefante salvaje.

A eso de las dos de la mañana, las brisas de tierra que llegaban hasta nosotros, perfumadas con los acres olores de los vetiverts y de los cocoteros de las llanuras del lago Padviel, cedieron su puesto á la brisa que, refrescando la atmósfera, vino á hacer brillar el rocío sobre las hojas de los bejucos, de las palmeras y de los laureles rosas que se extendían con profusión alrededor de nosotros, en medio de los gigantescos grupos de bambúes que se destacaban en el cielo negro como un bosque de mástiles de buques sin velámen. Inmediatamente nuestros dos elefantes se pusieron á gruñir estrepitosamente, aspirando el aire con fuerza y agitando su trompa como si quisieran amenazar á un enemigo invisible, y poco á poco aquella inquietud se convirtió en verdadero furor.

Sorprendidos los cornacs con aquella agitación, bajaron del cuello de los colosos, temiendo no poder contenerlos, y se colocaron á sus costados, haciéndoles guardar silencio. Estos inteligentes animales estaban admirablemente enseñados. Cesaron, pues, de agitarse, pero continuaron gruñendo sordamente, y haciendo rechinar sus colmillos, lo que significa en estos animales un furor concentrado de los más violentos.

—¿Qué piensas de esto, Saravana?—dije al conductor de Pratita.

—La brisa que acaba de levantarse del Noroeste es la que causa todo este trastorno, saeb.

—No comprendo qué influencia puede tener este cambio de viento sobre nuestros elefantes, máxime cuando nos ha traído tan agradable frescura.

—Verdad es, saeb; pero esta nueva brisa ha debido traer sin duda ciertas emanaciones de las que no nos podemos dar cuenta, pero que Pratita y Navaja sienten perfectamente, pues hacen lo mismo que si estuvieran sobre la pista de un tigre ó de una pantera.

De repente se oyó á lo léjos una detonacion que me pareció de una carabina que yo habia regalado á Amoudou... Le llamé... Todos los criados, desvelados con los ruidos extraños de la noche y los rugidos de los jaguares, fumaban ó mascaban su betel fuera de la tienda... La voz de Anandrayen respondió á lá mia.

—Amoudou no está allí, saeb; se ha deslizado por entre las altas yerbas de la junquera en el momento en que los elefantes empezaron á dar muestras de furor.

—¿Iba armado?

—Sí, saeb; llevaba un fusil.

El hijo salvaje de los pantanos de la Baja Nubia no habia podido resistir al llamamiento de las fieras, y se habia ido á la caza, sin pedirme un permiso que de seguro le hubiera negado.

Al cabo de un cuarto de hora oi hácia la izquierda el rugido de un chacal jóven, y aunque estaba perfectamente imitado, reconocí la señal que acostumbraba á hacer Amoudou, y á los pocos momentos estaba á los piés de mi elefante.

—Soy yo, saeb,—me dijo,—que acabo de matar una magnífica pantera.

—Acabarás porque un día te devoren las fieras,—le dije sin más reproches.—¿Por qué te has separado de nosotros? Es una doble locura lo que has hecho en una noche tan oscura.

—No me regañes, saeb; al ver el trabajo que costaba calmar á los elefantes, he querido averiguar qué era lo que causaba su cólera.

—¿Y qué has descubierto?

—Poca cosa, excepto un olor tan nauseabundo á una media milla de aquí, que he tenido que volverme; debe haber allí algun cadáver en putrefacción. Quise pasar primero á la derecha, luego á la izquierda, en donde suponía se encontraba el animal. El olor me perseguía por todas partes, aumentando á medida que yo avanzaba; pero no quise alejarme demasiado, temiendo no poder encontrar el campamento.

—¿Y la pantera?

—Cuando ya me volvía hácia aquí, vi á veinte pasos delante de mí dos ojos brillantes; tiré, y el animal no volvió á moverse. A la salida del sol iré á arrancarle la piel.

La noche se pasó en la mayor tranquilidad, salvo los gruñidos persistentes de nuestros elefantes. Los rugidos de las fieras y los gritos de los chacales fueron disminuyendo poco á poco, y cuando el sol lanzó sus rayos sobre la junquera, donde brillaban mil flores de formas y matices diferentes en medio de una esplendente vegetacion, nadie hubiera podido dudar que aquellos sitios servian de asilo á los animales más peligrosos.

Era preciso, por consiguiente, si no queríamos pasar otra noche como la que acabábamos de pasar, ponernos inmediatamente en camino para atravesar la junquera ántes de que el sol se pusiera, y apénas empezó á clarear, cuando se levantó la tienda y nos dirigimos á Virtelivoé. Los elefantes abrian la marcha, por si habia algun peligro.

Segun mi costumbre, yo marchaba detras, respirando con todos mis pulmones el aire fresco y embalsamado de la mañana, esperando las horas sofocantes del calor para ponerme al abrigo en el haoudah de Pratita... Como tuvimos necesidad de forzar nuestra marcha, Amoudou no tuvo tiempo de coger la piel de la pantera que habia matado, pues los chacales la habian estropeado mucho. Cuando llegamos al sitio donde estaba, nos empezo á molestar ya el olor que habia forzado á retroceder á Amoudou; continuamos, sin embargo, avanzando, pues no podiamos cambiar de direccion ántes de haber franqueado una especie de calzada natural sobre la que nos encontrábamnos entre los pantanos, cuyo fin no se veía.

De repente vi á los elefantes, que se encontraban á unos doscientos pasos delante de mí, lanzarse hácia adelante saltando con rugidos salvajes, y vi á los indios de Soupraya-Chetty correr hácia mí, gritando: «¡Maha-sarpa! ¡maha-sarpa! (una boa, una boa)», con las señales más evidentes de un inmenso terror.

Armando mi carabina Devisme, de balas explosibles, que no me abandonaba jamás, me lancé á paso de carga en socorro del babou, que estaba aún en el haoudah. Tranquilizados por mi actitud, los indios me siguieron, y llegamos á un recodo

de la calzada al borde del pantano, y frente al espectáculo más grandioso que jamás habia visto en mis viajes.

Pratita y Navaja habian cogido con sus poderosas trompas una enorme boa-constrictor, que de repente se habia enderezado delante ellos en los bordes del pantano, lanzándose sobre Pratita para apoderarsé del cornac.

El noble animal habia defendido á su compañero, y habiendo cogido á la serpiente por la cabeza, la estrangulaba con sus enormes colmillos, ayudado de su trompa. Navaja, hábilmente guiado por su cornac, se habia apoderado de la otra extremidad de la boa, sujetándola, á pesar de los saltos que daba la terrible serpiente... Todos estábamos suspensos, por decirlo así, de aquella lucha extraordinaria y de la inteligencia desplegada por los nobles animales, que iban á salvarnos la vida... La boa, con los ojos inyectados de sangre, medio salidos de sus órbitas, agonizaba hácia cinco minutos, echando sobre los colmillos del elefante una baba sanguinolenta, sin que pareciese á la vista disminuir sus fuerzas... Como esto podia durar aún, pensé en mis balas explosivas, de las que aún no me habia servido, armé mi carabina, y colocándome de modo de no dar á nadie, hice que los cornacs advirtiesen á los elefantes, y tiré... La bala le dió en medio del cuerpo, y la boa acabó su lenta agonía bajo un último apretón de Pratita.

Miéntras duró la lucha, mi fiel servidor permaneció valientemente sobre el cuello del elefante, pronto á ir en mi auxilio si lo necesitaba.

No olvidaré en mi vida las emociones de aque-

lla mañana. Jamás peligro alguno más extraordinario se había presentado más de repente delante de mí, y hasta pasado un cuarto de hora no experimenté la emoción de la aventura, cuando tranquilamente acostado en mi haoudah, emprendimos de nuevo la marcha.

Todo el tiempo que duró el combate, el babou permaneció echado boca abajo en su haoudah, implorando al ermitaño de Nour-Kaloor, y recitando en voz alta los *mentrams* que le había comprado. Y no dejaba de repetir después que debíamos nuestra salvación á la eficacia de aquellas plegarias.

Después de haberme burlado un rato de él, aunque en vano, acaté la firmeza de su fe... y pensando en todas las maravillas y los milagros llevados á cabo por los *mentrams*, no quise hacer vacilar su fe. Por la noche llegamos sanos y salvos á Illipekarwé, á algunas millas de Mantotté, en cuyo último punto almorzamos.

Mantotté posee un bengalow magnífico, siempre admirablemente cuidado, en razón del gran número de magistrados, oficiales y funcionarios ingleses que, al volver de la isla de Manaar, tienen que hacer allí parada.

Yo me instalé allí, y Soupraya-Chetty fué á alojarse en casa de un negociante de su casta.

Antes de bajar por el lado de la isla de Kartivoé y de la bahía de Kalpentyn, que era aquel año el centro de la pesca de las madreperlas, resolví, si el tiempo lo permitía, quedarme unos ocho días en Mantotté y en la isla de Manaar, separada apenas de la tierra por un brazo de mar de dos millas, que se puede atravesar á pié durante el reflujo.

La primera noche de mi llegada me acosté con un placer sin igual en una hamaca suspendida bajo la verandah del bengalow, frente á la mar; y al contemplar la vieja tierra india que se dibujaba en líneas azuladas á unas treinta millas de distancia, á la extremidad de Manaar, los bancos de arena y las rocas que sirvieron de puente á Adan para ganar el cabo Comorin, según las narraciones fabulosas de la mitología brahmánica, me dejé mecer muellemente por el murmullo de las olas, soñando con las antiguas leyendas que hacen de la bella Lanka (Ceylan) la cuna de la humanidad.